

El otro amenazaba á su pecho con una aguda flecha.

Fué un milagro que no le matasen.

El aturdimiento que produjo la aproximacion de los caminantes les aconsejó apelar á la fuga.

La alegría de Luciano fué inmensa al ver que habia salvado al caballero don Luis Longo y Tenreiro, el contador de Hernan Cortés.

Agradecido el esposo de la bella portuguesa por el servicio que le habia prestado Luciano:

—Vais ac ompañarme á mi casa,—le dijo,—y yo os prometo ir inmediatamente á participar á Cortés lo que habeis hecho en mi obsequio, y á rogarle que os admita de nuevo á su lado. Despedid al indio que os acompaña, porque no quiero que venga con nosotros su aspecto me horroriza.

—Es verdaderamente feroz si se irrita, y esto sucederia indudablemente si comprendiese que le despreciábamos.

Ante esta reflexion accedió don Luis, y seguido del jóven y de Izampú se encaminó á su casa.

Capitulo CXXVII.

Donde el lector asiste al benévolo recibimiento que hizo Cortés al presentarse á él de nuevo Luciano.

Indecible fué la alegría que experimentó doña Constanza al presentarse Luciano en su casa.

Por la misma razon de que habian sido infructuosas todas sus tentativas para seducirle, se habia aumentando la pasion que se habia despertado en ella.

Impresionable siempre, no dejó de fijar tambien su atencion en el indio Izampú.

Su ardiente mirada, sus labios gruesos y prominentes, su hercúlea musculatura, formaban un conjunto de esos que hablan á la sensualidad, á la que, como sabemos, tan predipuesta era la hermosa mujer del contralor.

Este la contó que Luciano habia sido el salvador

de su vida, y doña Constanza, fingiendo el mayor agradecimiento, desaciéndose en lágrimas de ternura, dijo á su marido:

—Permíteme que abrace á ese valiente jóven, al que debo la sin igual ventura de que vuelvas á mi lado; permíteme esta expansion, y no veas en ella más que una sincera prueba de reconocimiento al que con su héroica accion ha evitado que la tristeza, que el dolor, se apoderase de mi alma, y esta mansion, emblema hoy de la felicidad, se tornase en la del luto y la consternacion.

El bueno de don Luis, que como todos los *predes- tinados* era complaciente en extremo, nada tuvo que objetar á aquella peticion.

Doña Constanza abrazó, pues, á Luciano, y queriendo sin duda que participase tambien de su agradecimiento el indio, le estrechó igualmente.

Izampú, que desde el momento de penetrar en casa de don Luis no habia cesado de fijar un momento sus ojos en la portuguesa, que á medida que la contemplaba admiraba más su hermosura, que empezaba á embriagar sus sentidos el fulgor de sus hermosos ojos, al verla tan cerca de sí, al sentir su suave aliento, al ver la finura de su cútis blanco como la nieve y sonrosado ligeramente en sus mejillas, al sentir agitarse su túrgido seno en el momento de echarle sus brazos al cuello, sintió un estremecimiento tal, que se asemejaba al del leon de la selva cuando le domina la calentura.

Sus nervios se contrajeron, su sangre se agolpó

á su cabeza, y las convulsiones que se retrataban en su rostro indicaban bien á las claras que la materia anunciaba ruda batalla.

Las pasiones adormecidas del caudillo, al despertar querian avasallar todo.

Izampú empezaba de nuevo á experimentar la tiranía del amor, y comprendia que todos sus esfuerzos serian inútiles para desprenderse de sus garras.

Don Luis conversaba fraternalmente con Luciano, y le decia:

—Cuando supimos que el caudillo os habia despedido, lo sentimos todos muchísimo. Yo especialmente puedo aseguraros que no cesé ni un momento de influir con los amigos de Cortés para que intercediesen por vos. Pero aunque jóven, ya conoceréis lo que son los hombres: los que cuando gozábais del favor del caudillo, de su confianza, os adulaban, al ver que la fortuna os abandonaba, os abandonaron tambien.

—Ya me temia yo que eso me sucediera; pero les perdono. Confío en que algun dia se arrepentirán de su conducta. No tengo para qué deciros que no os cuento entre el numero de estos últimos, tanto más, cuanto generosamente me habeis ofrecido amistosa hospitalidad.

—Yo á mi vez os estoy reconocido, y para probaros mi agradecimiento, voy ahora mismo á salir á palacio para hablar con Hernan Cortés. Yo le venceré de vuestra lealtad y buena fé, y estoy segu-

ro, segurísimo, de que os llamará de nuevo á su servicio.

—Yo desearia, sin embargo, que os limitáseis á decirle que le suplico me conceda una entrevista para hablarle de asuntos importantes.

—En ese caso, voy en este momento á complaceros.

—Aplacémoslo para mañana. La hora es avanzada, vos necesitais descansar y yo tambien tengo precision de entregarme al reposo. El viaje me ha fatigado mucho, y el sueño, que pugna por apoderarse de mí, apenas me permitiria coordinar todas mis ideas.

—Sea como gustéis, —dijo, retirándose á dar las órdenes convenientes para que preparasen á Luciano un cómodo lecho.

Al dia siguiente amaneció muy malo el indio.

Una fiebre terrible le devoraba.

Estaba grave,

Sin duda en sueños se habia entregado á lúbricos pensamientos.

Esto habia sido causa de la revolucion que se habia operado en su sér.

Don Luis Longo y Tenreyro fué inmediatamente á noticiar á Hernan Cortés que Luciano se hallaba en su casa.

Le refirió que le habia salvado la vida, que su viaje á Méjico no tenia otro objecto que el de desbaratar una terrible conspiracion.

El caudillo, que sin poder explicárselo, habia

sentido siempre hácia Luciano un entrañable cariño, exclamó:

—Mucho celebro esta ocasion que se me presenta para reparar una injusticia. Yo, á deciros verdad, nunca creí culpable á mi secretario; pero las apariencias le condenaban, y como durante mi vida me he visto siempre rodeado de traidores, temí una nueva decepcion. Decid pues, á Luciano que le espero con impaciencia.

Don Luis se retiró á cumplir esta orden.

Cuando se la trasmitió á Luciano, no hay para qué decir el júbilo que le produciria.

Izampú no quiso acompañarle.

Doña Constanza le habia hechizado.

Saltando de contento, haciendo mil locuras, corrió el jóven á reunirse con el caudillo.

Cuando llegó á palacio y se hizo anunciar:

—Adelante, mi buen amigo, adelante,—le dijo Hernan Cortés.

Y cuando penetró en la estancia le hizo sentar á su lado cariñosamente.

Luciano, como es natural, animado por tan benévola acogida, contó á Hernan Cortés todas las peripecias que le habian ocurrido durante el tiempo que habia estado separado de él.

—Me habia propuesto,—dijo,—soportar resignado mi desgracia, porque desgracia y grande era para mi verme apartado de vos, y lo que es más, solo y abandonado tan lejos de mi patria; pero mi conciencia estaba tranquila. Siempre, señor os he servido

con lealtad, por más que vuestro desden me afli-giese.

«Algun día me hará justicia, decía yo; algún día se convencerá de mi acendrado afecto, de mi solici-tud por servirle, de mi inocencia, y si para entonces como es natural, la pobreza y el abandono han aca-bado con mi vida, derramará una lágrima de piedad pensando en mí.» Esto me bastaba, señor; no pe-día más.

Así habló Luciano profundamente conmovido.

Sus palabras eran sinceras.

La verdad es que Hernan Cortés tenía sobre él gran ascendiente, que al hallarse delante de él ex-perimentaba siempre una emoción que no sabía ex-plicarse.

Hay misterios en el corazón que en vano intenta el hombre penetrar.

Y sin embargo, el que establecía la afección que ligaba á Cortés con Luciano y á Luciano con Cortés, tenía una explicación evidente, clara, admirable.

—Cálmate, — dijo el gran hombre, — nunca he dudado de tu lealtad, nunca he pensado que me vendieras, y si te alejé de mi lado, obedecí á motivos poderosos.

Créelo, pensaba en tí y deseaba tu felicidad. Tú regreso me ha agradado: así pues, no hablemos más de ayer, sino de hoy.

La revelación que acabas de hacerme me demues-tra el interés que te inspiro, y ahora lo que necesita-mos es conocer á fondo el plan de ese salvaje, de cu-

yo valor tengo noticias, y cuyos depravados planes debemos evitar á toda costa.

Habla... ¿Dices que Izampú ha venido contigo, que ambos os habeis hospedado en casa de don Luis Longo y Tenreyro?

—Así es, en efecto.

—¿Y qué planes son los de ese menguado?

—Aunque descabellados, son atroces. Propónese llegar de improviso á Méjico con los salvajes que forman su tribu, caer sobre la ciudad á las altas horas de la noche, repartirse por todos los edificios con teas encendidas, y convertir la ciudad en una inmensa hoguera, en torno de la cual celebrarán el triunfo con sus danzas sagradas.

—¡Nécios! — exclamó Hernan Cortés. — ¿Creen posible el llevar á cabo tan absurda empresa?

—Descabellada es, como he dicho antes; pero ellos son capaces de aventurarse á realizarla.

—¿Por ventura no hay en Méjico soldados que vi-gilen, no hay españoles dispuestos á derrotar á sus enemigos, para hacerles comprender que es imposi-ble romper el yugo que en nombre de nuestro muy amado y poderoso señor el emperador Carlos V les he impuesto yo?

—Si; pero habeis de saber, señor, que los hombres de la tribu de Izampú no se parecen en nada á los de-más indios de Méjico. Son de formas atléticas, tienen la destreza del jaguar y la ferocidad del león: corren con más ligereza que el gamo, saltan como el cerba-tillo, se arrastran por el suelo como la culebra, y se

abren camino con una celeridad inconcebible. Luchando brazo á brazo con sus adversarios cuatro ó cinco jamás logran sujetarles, que no en vano los llaman los kardiskas, que quiere decir en su lenguaje hombres de hierro.

—¿Y es su jefe el que ha venido contigo?

—Sí; Izampú es á quien todos obedecen.

—¿Y crees que si yo me apoderara de él llevaríamos el desaliento á los suyos?

—¡Oh! No; su voluntad es inquebrantable.

—Pues bien; en ese caso será mejor recurrir á la astucia. De esta manera también se economizará la sangre de nuestros soldados, para emplearlos en otra empresas que proyecto, y de las que prometo extender el territorio de nuestro monarca y aumentar las riquezas de la corona. Pero vamos á ver, ¿cómo es que no ha desconfiado Izampú al venir á acompañarte hasta aquí?

—Cree que soy adicto á su causa, porque tengo motivos poderosos para quererlos mal. Ha venido, sin embargo, con el objeto de vigilarme por si no fuese leal, en cuyo caso, si faltó á lo pactado, me asesinará. Despues de nuestra primera entrevista, entrevista fatal para mí, puesto que estuve á punto de perecer entre sus garras, juró que no se apartaría de mí ni un solo instante.

—Mal empieza á cumplir su juramento,—dijo sonriendo Cortés.

—Con efecto; yo esperaba que no me hubiese abandonado un solo instante. Pero no sé explicarme

lo que le pasa. Desde el momento en que ha llegado á casa de don Luis Longo y Tenreyro se ha operado en él un cambio inconcebible. Sus ojos echaban chispas, sus abultadas venas palpitaban con más fuerza que nunca. Le anuncié que venia á veros para que me siguiera, y no quiso. Gracias á eso, he podido venir á hablaros. Pero si no disponeis otra cosa, á mi juicio conviene, para destruir sus planes, tenderle un lazo. Volveré á su lado, y con dos soldados que pongais á mi disposicion, le conduciré á mi presencia; y aun si es preciso; para que no desconfie, iré yo solo.

—Esa determinacion podria ser fatal para tí.

—¿Qué me importa morir, si puedo daros una nueva prueba de la adhesion, de la lealtad, del afecto que os profeso?

Hernan, á fuerza de instancias de Luciano, aceptó la última indicacion.

El jóven partió á casa del contralor.

Poco despues el ilustre conquistador de Méjico entraba en el aposento de su esposa doña Juana, llevando en el semblante la alegría que experimentaba su corazon.

Su bella consorte se atrevió á preguntarle la causa de su satisfaccion.

—Te lo confesaré, esposa mia,—dijo Cortés,—Tenia un enorme peso sobre mi conciencia. Accediendo á tus indicaciones, me habia desprendido de mi fiel secretario, de Luciano; y aunque las apariencias le condenaban, no puedo ménos de persuadirme de que era inocente, de que su lealtad para mí no

habia faltado nunca. En este instante acabo de convencerme de que no me habia equivocado.

—¿Pues qué ocurre?

—Luciano á vuelta á mi lado, y me ha dado una señalada prueba del interés que le inspiró.

—¿Ha vuelto Luciano?—preguntó doña Juana estremeciéndose.

—Sí, ha vuelto.

—Pero eso, ¿que significa para que tanto os hayais entusiasmado?

—Es que ha venido á darme cuenta de un infame lazo que una tribu rebelde habia tramado para convertir á Méjico en un monton de cenizas.

Doña Juana no se atrevió á hacer nuevas preguntas á su esposo.

Temiendo que la turbacion que experimentaba revelase á Hernan Cortés la situacion de su espíritu, los terribles sufrimientos que la devoraban, la ansiedad que sentia; manifestando indiferencia, se alejó del lado de su esposo, dirigiéndose á la capilla para orar algunos instantes.

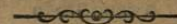
Hernan Cortés celebró acto continuo una entrevista con sus oficiales, porque proyectaba descubrir la costa de la Nueva España por el mar del Sur.

No era la primera que habia tenido con ellos.

Se celebraban consejos, á los que asistian los más hábiles marinos, los más aguerridos militares, para llevar á cabo aquella idea y preparar una expedicion que diese honra y provecho á la corona de España.

Entre tanto, tenia lugar en casa del contralor

don Luis Longo y Tenreyro una escena cómico-dramática, la que no queremos privar á nuestros lectores, siquiera sea para idemnizarles de otras de diferente género en que tanto abunda esta historia.



Capítulo CXXVIII.

Donde el lector verá la facilidad con que reemplazaba doña Constanza en su corazón las afecciones que parecían avasallarla.

Izampú era la naturaleza misma.

Criado en el desierto, todas sus fuerzas se habían desarrollado en medio de los aires abrasadores de la llanura, y desde los primeros años de su vida, trepando las montañas, ha vivido y jugado con los jaguares, tomando de ellos la ferocidad, la fuerza, y hasta la astucia necesaria para luchar con sus enemigos.

La guerra había sido ordinariamente su única compañera, su único goce, su única felicidad.

Jamás había comprendido lo que era amor.

Montar un potro salvaje, atravesar las grandes sábanas, fascinar culebras, incendiar de cuando en cuando las chozas de los indios de otras tribus, robar y asesinar: hé aquí las ocupaciones de su vida.

Nunca hubiera podido imaginar que los ojos melosos de una portuguesa hubieran fascinado de tal manera al tigre del desierto, para convertirle en manso corderillo con intermitencias de león furioso.

Si le hubieran preguntado qué sensación había experimentado su alma al estrecharle en sus brazos doña Constanza, al sentir sobre su tostado y escarpado cutis la blanca y suave mano de la portuguesa, no hubiera podido responder.

Esta sola pregunta le hubiera colocado bajo la presión de un corriente eléctrica, y la fuerza de la pasión hubiera ahogado en sus labios las palabras.

Por eso después de alejarse doña Constanza, como el león cuando está con la calentura, se arrojó en un rincón de la estancia, y permaneció allí sin querer alimento de ningún género. sin proferir una sola palabra, deseando que le dejaran completamente solo.

A poco de partir Luciano salió también don Luis, y la camarera de su esposa entró en la estancia donde estaba Izampú.

Le preguntó por señas si quería tomar algo.

El salvaje respondió con un bramido.

La pobre mujer dió un salto hacia atrás, y huyó despavorida.

—¡Ah, señora!—dijo á doña Constanza.—Ese hombre es una fiera.

—¿Lo dices por que es hombre?—preguntó con su acostumbrado arremilgamiento la portuguesa.

—No, señora; yo estoy acostumbrada á tratar con ellos, y puedo asegurar á vuesa merced que ninguno me ha asustado tanto como ese salvaje.

—Ya verás como yo le amanso,—dijo doña Constanza.

—¿Qué piensa hacer vuesa merced?

—Bajar á verle.

—No hagais tal.

—Calla, mujer.

—Suplico á vuesa merced que no baje.

—¿Crees que soy tan miedosa como tú? Además, ninguna mujer debe tener miedo á un hombre. Por otra parte, la caridad nos manda dar de comer al hambriento y de beber al sediento, y quién sabe si ese infeliz padece de hambre ó sed. Voy á bajar.

—Espere vuesa merced á que vuelva su señor marido.

—¿Con mi esposo? No en mis dias; ese hombre no me sirve para nada.

Doña Constanza desoyó los ruegos y las indicaciones de su camarera, y bajó á la habitacion donde estaba Izampú.

Con la voz más meliflua:

—Amigo mio,—le dijo,—¿deseais algo?

Izampú alzó los ojos y no bramó.

Doña Constanza avanzó un paso.

—Sufrís, hijo mio,—añadió—¿Qué deseais?

El indio volvió á mirarla, y sus dientes rechinaron, notándose en todo su cuerpo un estremecimiento nervioso.

—¡Pobrecito! ¡Pobrecito!—prosiguió la bella portuguesa, llegando hasta donde él estaba.

El indio miró á la puerta por donde habia entrado la portuguesa, vió que la puerta se cerraba por dentro, y dando un salto, que estremeció á la esposa de don Luis, se lanzó á la puerta, la cerró, y se precipitó sobre la novelesca heroína.

Esta dió un grito horrible.

—¡Favor!... ¡Favor!—exclamó.

A sus gritos respondió con un feroz rugido el salvaje.

Un instante despues notó doña Constanza que Izampú la estrechaba en sus brazos con efusion.

—¿Qué quieresdemi?—preguntaba consternada.—Habla; explícate.

—Ven, ven conmigo,—dijo en su idioma el indio, razon por la cual no pudo entenderle doña Constanza.

La portuguesa sintió que le abrasaban los labios de Izampú.

Despues no supo lo que la pasaba, porque se desmayó.

El indio, olvidándose de todo, cogió en sus brazos, como si fuera un juguete, á doña Constanza, abrió la puerta, salió con ella, y con la ligereza del tigre que lleva una presa, atravesó la calle donde estaba la casa del contralor, corrió al campo y se perdió entre los bosques más próximos de la ciudad.

La criada comenzó á dar gritos al ver que se llevaban á su ama.

Algunos españoles que vivían en la misma calle acudieron; pero no pudieron alcanzar al raptor.

Cuando llegó don Luis á su casa, salió á recibirle la camarera anegada en llanto.

—¿Qué sucede. mujer?

—Una gran desgracia.

—Explicáte.

—No puedo, señor; la emocion embarga mi voz.

—Pero ¿que te pasa?

—¡Si supiérais!

—¡Habla, por Dios!

—¡Quién lo hubiera dicho!

—Me pones en cuidado.

—Vuesa merced no vá á consolarse nunca.

—Pero ¿acabarás de una vez?

—Han robado á la señora.

—¿Qué dices?

—Si; el indio, el salvaje, se ha escapado con ella.

—¿Para robarla las alhajas sin duda?

—¡Quién sabe, señor! ¡Al llevársela la echaba unos ojos!

—¡Válgame Dios, válgame Dios!—exclamó don Luis.—¡Que no hubiera yo venido antes para estorbarlo! ¿Qué vá á ser de mí sin mi querida esposa?

—Consuélese vuesa merced, señor; yo la reemplazaré en cuanto sea posible.

—Calla, calla, voy ahora mismo á presentarme al virey, á contarle mis cuitas y á pedirle auxilio para que salgan fuerzas en busca de ese miserable.

Toda la vecindad se alborozó, la noticia circuló

con rapidez, y cuando llegó á oídos de Cortés, dió órdenes para que algunos destacamentos de tropa persiguiesen á Izampú.

Precisamente llegó Luciano á casa del contralor don Luis en el momento en que este se hallaba más afligido.

Regresó á palacio, y no siendo posible, por la desaparición de Izampú, realizar el plan que se había propuesto llevar á cabo, para evitar la sorpresa que intentaban los salvajes decidió volver á ocupar su antiguo puesto al servicio de Hernan Cortés.

¿Cuál había sido la suerte de doña Constanza?

Fácilmente adivinarán nuestros lectores que el indio, que había obedecido al llevar á cabo aquel acto de desesperación á la violenta pasión que se había apoderado de su espíritu, la trató con las mayores consideraciones, llegando, cuando volvió en sí y estuvo tranquila, á darla á entender que sólo deseaba conseguir su amor, para llevarla en su compañía á su tribu y hacer que todos la reconociesen como reina y señora.

Doña Constanza se entusiasmó al ver estas demostraciones.

El indio le pareció ménos salvaje, y como era jóven y guapo en su clase, se resignó á ser heroína de la série de aventuras que la suerte le deparaba.

Mostróse más humana con su raptor, se dejó conducir por él, y despues de dos días de camino llegó al paraje donde tenía sus hogares de la tribu de Izampú.

Este la presentó á su gente, y exigió que la rindieran todos pleito-homenaje.

Celebróse su llegada con grandes fiestas, y doña Constanza hizo olvidar por algun tiempo á Izampú los proyectos belicosos que le habian obligado á abandonar su tribu.

Como la trataba bien, no echaba de ménos al contralor, y cuando pensaba que algun dia podia volver á los brazos de su esposo, pedia al cielo que su nuevo amado venciese á los españoles, aunque sólo fuera para no volver jamás hallarse en presencia de don Luis.

El lector presumirá que al cabo de algun tiempo se sintió en cinta doña Constanza.

Más tarde la veremos volver como hija pródiga á su hogar doméstico, con el aditamento de un salvajito, que no hizo mucha gracia al contralor.

Capitulo CXXIX.

El amor y el deber.

Doña Juana, la esposa del caudillo, apenas supo por éste que Luciano habia regresado, deseó vivamente tener una entrevista con él.

Le habia conmovido hondamente la relacion de los trabajos que habia pasado, de sus sufrimientos, y anhelaba por momentos ver á aquel jóven, por quien siempre sentia un gran afecto, para sincerarse con él y pedirle perdon por su conducta, toda vez que ella, y sólo ella, habia sido la causa de que le despidiese su marido.

Le mandó, pues, llamar, y no hay para que decir que el jóven se apresuró á acudir á su llamamiento.

Por el camino fué pensando en lo feliz que seria si algun dia pudiese obtener el amor de aquella mu-